A otro dia Nezáhual y Ecuangári volvian á la Corte, porque el tiempo era pasado, y Zumárraga los esperaba para presentarse á la soberana de Castilla; el buen Obispo quiso tener en ellos un hermoso testimonio para los graves asuntos que le hicieron atravesar los mares. Mas en esta vez la hija de Béjar pareció impasible, y no se le vió llorar cuando partia el Principe de Texcoco. Era que Gonzalo que iba con él tambien á la Corte, lo volveria consigo, pues estaba resuelto un viaje que el Duque con sus hijos y los Americanos, harian por las ciudades y reinos de la populosa España: el buen padre queria para Gonzalo el olvido de sus cuidados, é indemnizarle así de su fustrado intento de visitar el Nuevo-mundo, y érale grato llevar consigo á los de Anáhuac para mostrarles muchas cosas que no habian visto.

Reunidos los americanos con el Obispo de Tenochtitlan, en breves dias las puertas del real alcázar les fueron abiertas.

Entre tanto los amigos de Nuño y Delgadillo se habian anticipado á Zumárraga en abogar su causa delante de Isabel: Ojeda les trajo mensajes haciendo la travesía del oceano primero que el Obispo, porque los depuestos Oidores le rogaron no perdiese tiempo. Los malos se esforzaron en persuadir á la Soberana de Castilla atroces calumnias de que Valencia y sus hermanos, Zumárraga y los suyos, eran el blanco, y no se olvida-

ban de solicitar á costa de los infelices indios, cuanto podia proporcionarles el apetecido oro. Así decian, que el Obispo á fuer de *Protector* de los Acólhuis se arrogaba la potestad del siglo, desconociendo la majestad del César, tan separada de la de Dios: que ese Sacerdote, lo mismo que Valencia y los que le obedecian, léjos de darse á su ministerio todo de paz, no se ocupaban sino en sublevar á los pueblos instigándoles á desconocer á los que hacian las veces del rey en la Nueva-España: que los que así usurpaban el poder del César debian ser castigados y reducidos á sus deberes: que para la prosperidad de tan rica Colonia, eran obstáculo esos hombres más ocupados en dominar á los indígenas á fuer de sus defensores y por mentida piedad, que en procurar los intereses de los suyos. Los que así buscaban indisponer el ánimo de los reyes contra los padres del oprimido Anáhuac, fingian á la vez grande celo de religion, presentando el repartimiento de los vencidos en porciones á cada conquistador, como el medio único de convertir á los infieles, que de otra suerte (palabras de los malos) nunca conocerian al Dios verdadero ni dejarian sus bárbaras costumbres. Los perversos llegaron hasta á reclamar porque se edificaba la Puebla de los Ángeles, y la admirable *Santa Fé*, y era entónces cuando mintiendo amor por los desventurados á quienes vejaban, decian que Fuenleal y Don Vasco les compelian á levantar templos y ciudades abusando de

su poder. Contradiciendo luego sus primeros cargos acusaban á los frailes de que á los indios daban alas (decian) alentándolos á desobedecer á los conquistadores y á no prestarles sus servicios tan necesarios en una colonia.

Hé aquí cómo impedian esos hombres que el reino de Dios se confirmase entre los de Anáhuac. Mas Dios en esa vez no dejó engañar el corazon de los reyes, y Zumárraga delante de la soberana de Castilla que gobernaba en ausencia del César, fué recibido con benigno semblante, y bien se conoció que el humilde ya triunfaba de sus poderosos enemigos.

Estaba la Reina sobre su alto solio de oro y plata bruñidos. Las sedas y gasas de blanco y púrpura le formaban docel, y el pavimento lo cubrian tapices de la Persia. Los muros de la augusta sala eran de mármoles y jaspe, y de los artesones colgaba vistosa pedrería. Los ojos deslumbrados miraban los cuadros de la subyugada Italia ó los anchos espejos de Venecia, y entre muchos y grandes tesoros brillaban algunos de los increibles presentes enviados de Anáhuac á los dueños del Nuevo-mundo, vencedores en Europa y afortunados en todas partes. Mas ni el Obispo ni los de Anáhuac parecieron turbados con esa grandeza, que Zumárraga casi no advertia, mirando siempre al suelo, y de que aquellos apartaban sus ojos con cierto dolorido desdén. Cercaban á la Reina muchos de su Consejo y de los nobles;

pero todos se retiraron cuando anunciado por la régia guardia el Obispo de México, penetró en la sala de la audiencia.

Cuando la esposa del César miró la humildad del perseguido apóstol de los nuevos Cristianos, alentándolo con suave palabra y benigna sonrisa, se puso á escucharle. Mas el Obispo saludándola:

"Obediente—la dijo—á las órdenes de V. M., salí de Nueva-España tan presto como fué dado al que cuida en esas regiones una grey numerosa. A sincerarme de las acusaciones de mis enemigos hé venido por mandato vuestro. Muchos son los trabajos que mis hermanos y yo hémos sufrido por defender á los infelices nuevos súbditos de V. M., oprimidos por esos hombres que olvidando las leyes naturales y las que dictó la piedad vuestra y de nuestro rey, á esas gentes no miran sino como instrumentos de su codicia y de su pasiones sin freno."

"Nada diré para mi defensa; de ella se encargue aquel que á todos ha de juzgarnos, y solo pido que vuesa real atencion venga sobre los pueblos que el Altísimo por una maravilla há puesto en vuestras manos, para que como padres provean á su santificacion y á la salud eterna de sus almas."

"El mal trato y envilecimiento con que miran á esa gente los malos hijos de Castilla, es sin duda el mayor

obstáculo para que su ruda inteligencia perciba la luz de la verdad. Hartos ejemplos han hecho ver, cómo esas naciones acogen dóciles la fé que se les predica, si la caridad y no la sórdida codicia van delante de la palabra santa."

La Reina se admiraba de ver, cómo el que tan acusado era de muchos y poderosos enemigos, nada decia en pró de sí mismo, y descuidado solo se ocupaba de las necesidades de la vencida gente; y acordóse, conmovida el alma, de aquel mensaje traido en el pecho de la imágen de Cristo crucificado, tierno artificio del perseguido pastor.

El defensor de los Aztecas dijo entónces de los males que habian menester remedio, y de los bienes que habian de procurarse para la nueva grey; algunas de sus palabras viven aún: con ellas proclamaba la libertad de los vencidos.

"Los conquistadores—argüia—están muy léjos de procurar el bien de los Acólhuis, porque sus granjerías, lo solo que buscan, hácenles cuidar ménos de la doctrina de sus almas que del provecho de sus fatigas. Dicen que olvidamos el ministerio de paz, yendo á la mano á los que medran con el sudor y aun con la vida de los infortunados, y que resistimos á que se remuneren los servicios del guerrero. Mas ¿quién puede repartir esos pueblos para provecho de los que solo sueñan enriquecerse? ¿Olvidan acaso que á fuer tan solo de salvar

las almas de los gentiles, es dado reducirlos á conquista? (1) ¿Y qué han hecho en favor de sus hermanos los que en la Nueva-España piden *encomiendas*? ¿Y de cuántos desafueros con la vencida gente no son convictos cada hora? Jamás el deber de V. M. que Dios le impuso al darle la victoria, quedaria satisfecho con esas naciones, si por acaso, como muchos lo pretenden, se pone la nueva cristiandad en manos de sus enemigos, y se olvida que los súbditos del Nuevo-mundo son tan libres y acreedores á la proteccion de V. M. como los nacidos en Castilla."

Así decia el buen Zumárraga, y esos razonamientos y muchos otros, dispusieron el ánimo de la Soberana para acudir al bien y apartar muchos males de los hijos de México. Mas la esposa del César cuando aquel hubo callado, pareció apetecer que los dos neófitos venidos con el Obispo la pidiesen mercedes, y volviendo á ellos su rostro esperó atenta su solicitud. El Príncipe de Aolhuacan la dijo con noble cortesía:

"Los de nuestra nacion, alta y noble Señora, habemos trabajo en hablar palabras esmeradas como los que nacieron en Castilla; pero tú tienes limpio el corazon y blanco como la nieve, para acoger en él con benignidad las súplicas de los súbditos que el Dios invisible te ha

(1) Tal era la opinion general en esa época.

dado para que gobiernes al otro lado de las grandes aguas."

"El buen Dios ha querido que cese al fin el gobierno de los malos que nos comian, de Nuño y Delgadillo y sus secuaces; y ahora los *Tlatoani* (1) que nos gobiernan, *teopíxqui* ú Obispos unos, y los otros tan buenos como ellos, cual es Don Vasco y los demas que nos enviaste, no cesan de ampararnos debajo de sus alas y sombra, y defendernos bien así como la madre á su chiquito que trae en su regazo. Pero como ellos están representando en Anáhuac á tí, Señora, y al gran Señor tu esposo, y no pueden sino lo que él y tú, Señora, tengais por justo, saben los malos con palabras engañosas, persuadir que es justo lo que desean para medrar á costa de nuestra vida y, lo que es más, en perjuicio de que se nos enseñen las verdades que ya revela el Dios invisible, á los que viviamos sin su conocimiento al otro lado de las grandes aguas."

"El gran viaje de Anáhuac á las tierras de Castilla, no lo hice sino por presentar delante de tí, alta y noble Señora, rogado por mis hermanos de *Santa Fé*, la necesidad que les aflige y que más vale que los chalchihuites y zafiros y demás piedras preciosas, que las cuentas de oro y plumas finas. Los compañeros de Nuño que allá

(1) Señores.

dicen "*encomenderos*" quieren destruir nuestra nueva ciudad que nos ha fundado Don Vasco, el muy amado Tlatoáni nuestro y que para los *no blancos* es como un padre y una madre. Cerca de Tenochtitlan México, se levanta nuestra nueva ciudad, y allí acuden de todas partes los acólhuis y los teochichimecas y hasta los bárbaros othomites, y todos piden el agua sagrada, y desean conocer las verdades que el Dios invisible y muerto en el madero nos ha revelado. Allí se nos enseñan las artes y los usos de Castilla y todos nos vemos como los hijos de un padre y de una misma madre. Don Vasco ha gastado cuanta plata recibe como emolumento de la carga que trae sobre sus hombros, en edificar á *Santa Fé*, y no parece sino un *teopíxqui* por su mucho afan en enseñarnos las verdades santas, y en procurarnos el bien que puede, mientras que los otros que dicen "sea destruida *Santa Fé*," no hacen más que vejarnos y oprimirnos."

"Tú, pues, poderosa Señora, que solo quieres el bien de las nuevas naciones que han sujetado tus guerreros y que ya son tus súbditos despues de tantos desastres y muertes de todos sus reyes, ¿darás oidos á nuestros enemigos que vienen á engañarte y á quitarnos el bien que nos queda en medio de tanta desolacion? Hénos aquí delante de tu Alteza para que nos ampares; tu corazon ha de mover el Dios escondido que al fin conocimos por su misericordia. Tu palabra deshará las maquina-

ciones de los malos, y ha de dar aliento á esos buenos hombres qus nos enviaste para regir la vencida nacion: aquellos quieren destruir lo que estos edi fican y dispersar unos lo que otros recogen, infelices que Don Vasco y sus amigos han congregado, para curar los males de nuestro cuerpo y procurar el bien de nuestras almas. Son unos mismos los que lanzaste de su elevado puesto por sus iniquidades y los que hoy buscan cómo destruir á *Santa Fé*: ¡no prestarás oidos á los que deshonraron tu nombre.!"

A la Reina sorprendieron las palabras del Texcocano, palabras sencillas pero llenas de persuacion; y acordóse de aquel que allí presente cuando el Duque de Béjar habia leido el mensaje de Zumárraga, que sacaron del pecho de la imágen de Cristo, no pudo guardar silencio y al escuchar los males de los suyos habia hablado con noble osadía; admiraba no ménos los hermosos frutos *de la buena nueva* en esos pueblos que muchos le pintaban como bárbaros. Luego dirigiéndose á Ecuangári, le dijo:

—"¿Tambien eres tú de los Acólhuis?"

—"Soy de la tierra de Michoacan,"—Contestó el amigo de Nezáhual.

La Reina entónces como quien conoce la ocasion de inquirir el remedio á un grave mal, hizo muchas preguntas al amigo de Nezáhual acerca de los suyos, y porqué

los ántes sumisos pueblos se sublevaban hoy contra los blancos sin escuchar ni la voz de los sacerdotes.

—"Es pórque tus guerreros han ultrajado sin piedad á los de mi nacion,—repuso el sobrino de Tangajoan,—que no disparando ni una saeta ni resistiendo á los que por do quiera buscaban el oro, los han acogido como si fuesen antiguos aliados, obedeciéndoles como á sus legítimos Señores. Hizo viaje Zintzicha nuestro tio para presentar á Malíntzin, tu enviado, el homenaje de todo su reino; muy ricos dones hizo poner delante de sus ojos, y lo estrechó en sus brazos como quien abraza al amigo que vuelve á ver despues de mucho: los de Castilla fueron entonces á morar con nosotros, y Huitzítzila se miró llena de los que recibimos como hermanos. Mas olvidando Nuño, el jefe de tus guerreros, la ley que ni los bárbaros othomites son osados á pasar, ha hecho morir en una hoguera al qué sin oponerse puso en manos de tu enviado todo su reino: aquel inícuo demandaba tesoros agotados ya, y no contento con lo que la angustia del desdichado rey pudo haber de sus súbditos que quiseron librarle de la muerte, fué entregado al suplicio con otros de los magnates."

"Tanta iniquidad ha herido el alma de los que recibimos á los tuyos con la fé buena de nuestro corazon. Violada la alianza, es el nombre de los tuyos aborrecido, y ni los buenos hombres que nos enseñan al verda-

dero Dios son oidos siquiera; y bien así como el ciervo herido de improviso, cada uno busca ocultarse en el retiro de las selvas. En vano fué que nuestro amigo Nezáhualpílli, haciendo el viaje hasta Huitzitzila por amor á los mios, fuese á decir á los grandes y á los plebeyos congregados á su ruego: "los *teopíxqui* blancos no son como los guerreros sus compatriotas, y los que hoy gobiernan en Tenochtitlan México son para nosotros como padres y madres, y de los *Tlatoáni* es uno Don Vasco, tan bueno para los acólhuis como no lo fuera para vosotros vuestro famoso rey Tariácuri."

A estas palabras la Soberana de Castilla, demandó al de Michoacan quién pudiese acudir á las desdichas de los suyos.

—"Solo el *tata* (1) Don Vasco,—repuso el discreto príncipe,—que á todos los no blancos nos ama mucho, pudiera hacerse oir de los plebeyos y de los grandes; porque si nos envias á tus guerreros que nos vejan y nos oprimen, los mios morirán todos de hambre y de despecho, pero los de Castilla nunca sabrán reducirlos á morar entre ellos."

La Reina entónces, pensando muchas cosas en su corazon, vió salir á los dos americanos que seguian á Zumárraga, despues que con extraña cortesía sencilla y noble pidieron permiso para retirarse. Ya sola, dijo

(2.) Voz tarasca (Padre).

entre sí: "Don Vasco es un hombre provecto, pero sin duda es el elegido de Dios." Pocos dias despues hacía el camino de los mares el pliego en que Don Vasco de Quiroga era nombrado *Visitador de Michoacan*. ¡Dios hubo misericordia de esos pueblos!: en el visitador iba un apóstol.

El negocio de *Santa Fé* y el de la *Puebla de los Angeles* se vieron en el Consejo, y esto dijeron á la Reina sus ministros: "La Puebla es un gran bien para los colonos Españoles y para los Indios, y más tarde será la rival de la gran México; y es la colonia de *Santa Fé* la maravilla del Evangelio en el Nuevo-mundo: Don Vasco es un apóstol en esas regiones." ¡Dios se acordaba entónces de sus misericordias con la Nueva-España! No obstante, el hijo de los reyes de Acolhuacan era llamado con la virtuosa Papantzin á poner el sello á la obra, con el sacrificio que el Señor pedia para la redencion de Anáhuac y del Nuevo-mundo.